

EL HOMBRE QUE MATÓ A MANUEL GIRÓN

Manuel Garrido



El guerrillero Manuel Girón Bazán (1910-1951) aún continúa despertando debates y polémicas interesantes, dejando a un lado los inevitables comentarios hagiográficos sobre su figura histórica. Es bastante desconocido todo lo relativo a su militancia política en la UGT que, en la primavera-verano del año 1936, se había convertido en un sindicato claramente revolucionario, partidario de un régimen socialista según los cánones de la revolución rusa de 1917. Pues bien, poco se sabe de aquella UGT ponferradina prebélica, salvo que varios de sus militantes acudieron a tierras asturianas para oír en persona la voz del líder ugetista Largo Caballero, por entonces muy influenciado por los socialistas urssificados Álvarez del Vayo (visitante oficial en Moscú, con ocasión del congreso del Komintern de 1935) y Margarita Nelken (agente soviético en Méjico tras la contienda). Por el contrario, se conoce cómo ocurrió su lamentable muerte, un vil homicidio, con conocimiento de algunos miembros directivos de la Guardia Civil. Sorprende, por lo demás, la conducta adoptada por el Instituto armado en el asunto referido, pues si bien actuaba con plena autonomía durante la posguerra, a partir de 1945 las cosas habían cambiado. De hecho, en julio de dicho año, se aprobaba en las Cortes el Fuero de los Españoles, que establecía unos derechos y libertades mínimos: seguían prohibidos los partidos políticos, pero se reconocía el derecho de expresión, asociación, reunión y elección; se admitían igualmente los derechos a un juicio justo y a ser detenido sólo durante 72 horas, así como la inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia, y la libertad de residencia. En julio de 1947, se aprobaba un referéndum popular por el que España se constituía en reino, aceptándose las Leyes Fundamentales y la jefatura de Franco, que pasaba de ser una dictadura circunstancial a una regencia vitalicia. Desaparecía con tales medidas el estado de guerra decretado en 1936, y los huidos deberían ser conceptuados, por ende, como meros bandoleros o terroristas ocasionales, pero nunca como enemigos bélicos. En tal coyuntura, la decisión de acabar con la vida del

maquis de Ponferrada nos parece algo difícil de entender. Si bien es cierto que, mismamente, los convenios de Ginebra de 1949, por los que comenzarían a protegerse los derechos de soldados y civiles en conflictos armados internos, no empezaron a regir en España hasta 1952, tiempo después de haberse cometido el homicidio de Girón en los montes de Molinaseca, lo que pudo propiciar la cruel actuación, habida cuenta el vacío legal existente.

El autor del artículo que sigue es un gran conocedor de la Cabrera –comarca que fue el principal centro de operaciones de Girón y su grupo, desde finales de la Guerra Civil hasta 1951–. Por esa razón ha podido reunir muchos datos interesantes sobre las circunstancias que rodearon la muerte del guerrillero sobre la persona que se encargó de matarlo, que en parte pueden ayudar a indagar sobre las razones que llevaron a la Guardia Civil a tomar la decisión de acabar con él.

El nombre: José, con sus dos apellidos: Rodríguez y Cañueto, estaba naturalmente destinado a perderse en la gran nómina del pasado anónimo. Por el contrario, siempre será pronunciado cuando se recuerden las circunstancias y enfrentamientos que a mediados del siglo pasado marcaron la pequeña historia cabreirera con el signo de la tragedia. No hay duda de su papel protagonista, si bien partiendo de una zona de penumbra, en uno de los sucesos de mayor crueldad ocurridos durante el periodo de unos once años que duró la resistencia de Manuel Girón en las montañas cabreiras. Y quien soñó sin duda con salir de aquellos días de la infamia con la vitola de héroe, acabó para desprecio de todos sin distinción en funesto emblema de villanía.

José nació en Santa Eulalia en 1920. Estaba, pues, en plena juventud por el tiempo de la década de los años 40 en que Manuel Girón anduvo por la Cabrera Baja, comandando su grupo guerrillero. Precisamente, cuando llegaban a Santa Eulalia, cosa que hacían con cierta regularidad, la casa familiar de José les proporcionaba refugio. Francisco Martínez, *Quico*, miembro del grupo de Girón, que la cita en su libro de memorias *Guerrillero contra Franco* (León, 2002), dice el nombre de un hermano, pero no el de José, al que se refiere como “quien habría de ser el asesino de Girón”. Cosas más curiosas dice ahí: por ejemplo, que en ella dejaron municiones y documentos que ya no pudieron recuperar en razón de los hechos desencadenados por la traición de ese hermano. Ahora bien, entre esos papeles, había una carta de Girón y del propio *Quico* a la dirección del partido comunista en la que exponían sus sospechas sobre posibles infiltraciones policiales en el grupo.

Seguramente no pensaban en José, pero de todas formas el dato es muy interesante para volver sobre él más adelante. Ahora bien, la curiosidad rebasa hasta el asombro cuando añade que todo eso quedó enterrado bajo “la gran chimenea del salón”. Costaría reconocer nada menos que una chimenea (añadamos: francesa, puesto que el hombre escribió o dictó estas memorias en Francia, donde vivió muchos años tras la huida de España, una vez muerto Girón) en una cocina como todas las cabreirasas, con su rincón embaldosado para el fuego del hogar, donde nada por cierto se puede enterrar.

El caso es que esta familia, o por lo menos los dos hermanos citados por *Quico*, se relacionaban con el grupo de Girón. Las informaciones procedentes del mismo pueblo no dejan lugar para la duda, y así, por ejemplo, apuntan la presencia de José y otro hombre del pueblo en un atraco que los rebeldes hicieron en Rosinos de la Requejada, un pueblo de la comarca zamorana de ese nombre, al otro lado de la sierra de Santa Eulalia. Desconocemos hasta qué punto pudo llegar la implicación de José en el grupo, pero en todo caso, lo mismo que era conocida en el pueblo, en algún momento lo fue también por la guardia civil. Empezaron entonces sus problemas con la policía y tanto se agudizaron, que José acudió a Madrid en busca de ayuda. La puerta donde tocó fue la de un policía, llamado Belisario, natural de Encinedo y casado con una mujer de Santa Eulalia. Este hombre lo puso en contacto con un capitán de la guardia civil.

En este momento comienza una nueva etapa en la vida de José. Se supone que ese oficial y el comandante Arricivita, que coordina la lucha antiguerrillera en esta zona, traman el gran envite: infiltrar a José en el grupo para eliminar a Girón. La operación era

arriesgada y, si José aceptó, puede ser signo de su audacia, o es que se veía en una situación insostenible frente a la autoridad, que podía echarle mano en cualquier momento y procesarlo, con alto riesgo de largos años de cárcel, y eso en el mejor de los casos.

Había, naturalmente, unas contrapartidas, consistentes en la promesa de borrar su pasado y una buena cantidad del dinero manejado a discreción por Arricivita para comprar voluntades, que le permitiría replantear su vida lejos de Cabrera. Las dos parecen suficientes, si bien no es descartable algún tipo de rencilla o venganza entre José y alguno del grupo de Girón, o este mismo, incluso. Y el hecho es que aceptó.



Estamos en los primeros meses de 1951 y el fin de la aventura de Girón se acerca. Atrás quedan años de una cierta placidez en sus estancias en los diferentes pueblos, golpes de mano y arriesgados combates, como el que a finales de 1949 sostuvieron durante un día entero tres guerrilleros cercados en Castrillo por un buen número de guardias civiles, que con la noche lograron escapar. Todavía en este enero de 1951 cuatro guerrilleros, incluido Girón, cercados en Corporales, sostuvieron un combate durante todo el día con unos 70-80 guardias, que incluso manejaban un “morterito Brixia”, así dicho por el sargento Ferreras. También en este caso al anochecer escaparon. Dejaron atrás dos guardias muertos y tres heridos. De los cercados, solo Girón recibió una herida en un dedo.

Pero ahora cunde ya el desánimo, crece la descoordinación y las medidas de seguridad se relajan, el miedo se apodera de sus enlaces y el dinero de Arricivita hace el resto. Y en este momento entra en escena José a representar su arriesgado y siniestro papel. Envía recados a Girón para que lo admita en el grupo, porque dice que la guardia civil lo acosa de una manera insoportable, al tiempo que maquina un pretexto que hiciera creíble su paso a la clandestinidad y su

insistencia en la petición desesperada de ayuda. Por otro lado, transmite al brigada que en Quintanilla hace de enlace con Arricivita que los huidos le exigen una prueba para admitirlo junto a ellos, y lo que propone es un pretexto, en efecto, de tal calibre, que, cuando el brigada se lo comunicó al comandante, este detuvo la operación para consultas “más arriba” (es de suponer, por tanto, que en Madrid): nada menos que la muerte de dos personas en Santa Eulalia. Finalmente, la autorización llegó y todo sucedió en esta rápida secuencia: José mata a esas dos personas el 24 de abril, entra formalmente en el grupo y mata a Girón el 2 de mayo. Luego, cobró el dinero de la recompensa y se fue para Sevilla, donde ya estaba su hermano Benjamín. Su rastro se perdió allí en la bruma de la leyenda, que afirmaba su muerte en circunstancias oscuras, tal vez a manos de un hijo de Antonio, camionero, no mucho tiempo después.



Intentemos ahora desplegar esa historia en dos partes, una oficial, y la otra conforme a un relato personal que intenta rellenar las lagunas e iluminar los pliegues de sombra que hay en la otra, a pesar de la numerosa documentación. La primera está basada en el informe minucioso que elaboró la guardia civil para incluir en la causa abierta sobre los hechos, así como en otros testimonios que se prestaron en el ayuntamiento de Encinedo acerca de los sucesos del 24 de abril.

Ese día, al anochecer, tres guerrilleros llegaron a Santa Eulalia y en una casa deshabitada mantuvieron secuestradas a cinco personas adultas y un niño de 8 años (otra niña más pequeña fue sacada en algún momento de allí), mientras otros dos, obligados por ellos, recorrieron el pueblo para recaudar las 25.000 pesetas que pedían de rescate. Cuando volvieron con el dinero, un hombre y una mujer, llamados Antonio y Carmen, estaban muertos. Los dos habían estado

esposados y fueron golpeados, sobre todo el hombre, y finalmente rematados de un tiro en la cabeza. Los guerrilleros desaparecieron con el dinero.

Sucedió en la noche y no parece sino que ella contagió su oscuridad al desarrollo de la tragedia. La guardia civil hizo un informe y el instructor militar lo incluyó en la causa abierta por los hechos el día 4 de mayo. El informe menciona a tres hombres responsables de las muertes y les pone nombre a dos de ellos: Pedro Juan Méndez, *Jalisco*, y Francisco Martínez, *Quico*. No identifica al tercero. Y esa es la cuestión clave del enigma, porque se trata con toda seguridad de José. Los testigos preguntados por la guardia civil identificaron a los dos dichos, pero no al tercero. Otros testigos, en este caso citados en un expediente del ayuntamiento de Encinedo, afirmaron por el contrario haber reconocido a José, pero no a los otros dos. ¿Se trata de las mismas personas, que declaran cosas distintas en lugares diferentes, o son otras? Muchos años después, en 1995 un hombre de Fornalutxa, llamado José Valle, le relató a Carlos Reigosa su testimonio, incluido en el libro *La agonía del león* (Madrid, 1995; reeditado por cuarta vez en 2004). El hombre tuvo relación con los huidos por aquellos años, como antes dos hermanastros suyos, ya muertos, uno durante la huida a Portugal en 1937 y el otro en combate con los guardias en Lomba en 1940. Dice los dos nombres (su expresión exacta es “creo que fueron ellos”, y a *Jalisco* lo califica, por cierto y curiosamente, como “un poco chaveta de la cabeza”), cuando afirma que precisamente partieron a Santa Eulalia desde Fornalutxa, según él, engañados por José.

Vayamos ahora, como anunciaba, con un ensayo de relato recapitulatorio, conjeturado según este esbozo de secuencia. Y empecemos con el escenario y la forma. En cuanto a aquel, hay que resaltar la casa elegida, que no estaba deshabitada, como supone Macías. Era la vivienda donde residía con su esposa un íntimo amigo suyo y por tanto un rincón de plena confianza para él. Los dos estaban presentes la noche aquella. Es improbable que la idea de las muertes fuera de Girón, y por el contrario, se antoja una propuesta a la guardia civil acerca de la actitud y decisiones que debería adoptar tras el crimen para proteger a José. De modo que la idea fue solo suya y parte de un plan que incluía un apartado francamente maquiavélico: implicar a miembros del mismo grupo de Girón. Corrían tiempos de descoordinación y desánimo en el grupo y era preciso tomar decisiones sobre la marcha.

Fijémonos ahora en Antonio y Carmen, traídos esposados a la casa. Esta mujer había sido violada años atrás por un hombre de Lomba, relacionado con los huidos. Le ofrecieron dinero a cambio de retirar la denuncia, pero ella no aceptó, de modo que el hombre

fue juzgado y condenado a muerte. La propuesta de José incluía un robo y la muerte de Carmen en represalia por la del compañero. No se sabe a quién, fuera uno o más, del grupo rebelde se lo propuso, pero el caso es que el motivo funcionó. Por muchas dudas que tuvieran, si es que las tuvieron, una implicación de José tan evidente y sangrienta bastaba para disiparlas. Recordemos que, según José Valle, *Quico* y *Jalisco* fueron a Santa Eulalia “engañados” por José. El matiz es interesante. Aparte de disculpar a sus amigos, puede sobre todo apuntar a que no supieron descubrir las intenciones de José, y por el contrario, quedaron convencidos de su compromiso: un engaño en toda regla.



En el caso de Antonio saltan al relieve los compromisos que vinculaban a José con su primer confidente, el policía de Encinedo. Antonio había tenido problemas con la familia de la esposa del policía y había pleiteado con ella, pero la cosa se agravó cuando, gracias a su testimonio como presidente de la junta vecinal, un cuñado del policía fue obligado a indemnizar o sostener económicamente al hijo que había tenido con una mujer de otro pueblo y no quiso reconocer. Esos eran los rumores, cuyo alcance y peso reales desconocemos. Prueban, sin embargo, que había un conflicto muy enconado. Por otra parte, la familia de este policía “colaboraba con la guerrilla” y él mismo “se había encontrado con Girón antes de partir a Madrid”: así lo afirma *Quico*, cuando lo hace asombrosamente miembro “del Estado Mayor”, y añade que les ayudó

mucho, proporcionándoles “municiones y mucha información de fuentes policiales” (pág. 124). Así pues, en cuanto enemigo de esa familia, también Antonio pudo resultar aceptable para los guerrilleros. El hecho es que era el presidente del pueblo y en calidad de tal fue llevado a la casa. José también aprovechó entonces para ajustar cuentas con él a causa de apasionadas rencillas entre ambos, una vez en aquella casa y en medio del tremendo caos formado en la oscuridad de la noche y del ajetreo del robo, cuyo monto, no obstante, quedó muy lejos de las imposibles 25.000 pts., que señala el informe mencionado por Macías.

Vayamos ahora con la equis del tercer nombre en el informe de la guardia civil. Macías discurre una explicación: la guardia civil presionó a los testigos de la matanza para que no lo reconocieran. Se trataba de que el nombre no apareciera documental ni judicialmente vinculado a estas muertes porque tal silencio estratégico le permitiría emprender “limpio” la maniobra de la infiltración.

La explicación cojea visiblemente. En primer lugar, la cautela para que no trascendiera el nombre de José en un atestado parece indicar que las previsiones del plan incluían un plazo de tiempo largo para el acercamiento a Girón. Ocurre, sin embargo, que la causa abierta por el instructor militar, donde se incluye el informe, concluido el día 27, lleva esta fecha de inicio: 4 de mayo de 1951, cuando el objetivo se había alcanzado dos días antes. Una celeridad tal destruye la hipótesis de esa supuesta previsión, así como también desmonta la tesis de las muertes como “prueba” de fidelidad para conseguir la cercanía a Girón, cuando más bien demuestra que tal cercanía ya existía de antes. Precisamente, la mayor rapidez posible en la ejecución era pieza fundamental del plan, de modo que no hubiera tiempo material de que le llegaran a Girón ciertas informaciones o sospechas. De hecho, según afirma Alida en la entrevista con Reigosa, reproducida en *La agonía...* (pág. 137), el soplo sobre la traición llegó desde Robledo de Losada, pero ya era tarde; (tan tarde, añadamos nosotros, que ya no podía ser un soplo, sino una lamentación, porque Girón llevaba tiempo muerto. La muerte se produjo una semana después de los asesinatos y a continuación Alida estuvo meses fuera de aquí, entre detenciones, cárceles y hasta un tratamiento psicológico en un hospital militar de Madrid). Recordemos, además, el dato transmitido por *Quico*, más arriba mencionado, acerca de una carta que junto a otros documentos Girón y él mismo guardaron en casa de los padres de José y en la que ambos denunciaban ante la dirección del PCE sus sospechas sobre infiltraciones policiales: José tenía que conocerla y saber por tanto del estado de alerta, tan peligroso para él, en que se hallaban.

Había otra importante razón, señalada por Serrano (*La guerrilla antifranquista en León*, Valladolid, 1986, pág. 303): sabía que el grupito preparaba la huida inminente al extranjero. Es interesante resaltarlo, porque un tal conocimiento argumenta de nuevo la proximidad anterior de José al grupo. Tenemos, en fin, otro indicio en ese adverbio de las palabras del hijo de Alida, dichas en esa cita con su aquiescencia: su madre “ya no lo quería en la guerrilla”; (la afirmación, sin embargo, consigue nuestra perplejidad: no lo quería, pero de hecho estaba con ellos). No es, por tanto, que los acontecimientos se hubieran precipitado sin aviso: José y el comandante sabían muy bien de los planes de huida y por tanto del peligro de perder la pieza. El plan corría mucha prisa.



Respecto, en fin, de esa presión de la guardia civil sobre los testigos para que no lo reconocieran, resulta muy difícil traducirla a términos significativos. ¿Sonaría algo así como “cuidado con lo que respondes, porque lo que digas puede ser peligroso para ti”? No es creíble, simplemente. Y por otra parte, ¿no habíamos quedado en que tales muertes eran precisamente la condición exigida por Girón y, como tal, propuesta por José para su incorporación al grupo rebelde?

De modo que su nombre no aparece ahí por una razón obvia: se trataba de su hombre en una operación secreta, eso es todo. El silencio era una forma, sin duda pactada, de protegerlo para el futuro (y no ante la operación misma). En cuanto a los testigos, subsiste la sospecha sobre su propósito de callar la verdad, porque, a diferencia de los otros dos, José era perfectamente conocido y no parece posible que pudiera pasar desapercibido. Un tal deseo, al margen de cualquier presión externa, respondía seguramente a la propia voluntad de los interrogados, para evitarse problemas de parte de una persona de la calaña de José, capaz de cualquier cosa, como bien sabían. Así, por ejemplo, uno de los testigos presentes afirma que a ese tercer integrante no pudo reconocerlo “por encontrarse muy retirado de él y estar la noche muy os-

cura, aparte de que siempre le llevaban los malhechores enfocado con una linterna”. Se supone, pues, que esa linterna lo enfoca a él, al testigo, así deslumbrado. No obstante, a continuación declara sin empacho haber conocido a los otros dos, uno de ellos descrito físicamente.

Es curioso que esos otros testigos que aparecen en el mencionado expediente del ayuntamiento de Encinedo declararan exactamente lo contrario, como antes decía: que habían reconocido a José, pero no a los otros. Según el documento aportado por Serrano en *La guerrilla...*, varios vecinos de Santa Eulalia señalaron en su testimonio como autores del hecho a “tres huidos”, de los que solo reconocieron a Cañueto (pág. 303). Y así nos encontramos con esta curiosa disimetría: quienes identifican a unos no reconocen al tercero, mientras que los otros identifican a este, pero desconocen a aquellos. Y sorprende que esos vecinos metieran directamente a su paisano en el grupo de huidos. ¿Por qué en un caso sí y en el otro no? Y ante todo: ¿se trata de los mismos testigos? Una sola explicación parece imponer su lógica: los primeros declaran inmediatamente en el pueblo a la guardia civil y por tanto dentro del peligroso radio de acción de José, mientras que los otros, ya sean los mismos o diferentes, lo hacen días después en el ayuntamiento y a salvo de su amenaza.

Pero en definitiva todos los dedos apuntaron a él desde entonces, aunque nunca se aclaró su papel concreto en la matanza, si fue autor de las dos muertes o tal vez solo de la del varón o de ninguna. De modo que lo único que puede asegurarse con toda probabilidad es que fue el inductor del doble asesinato y señaló las víctimas. Estaba, por supuesto, en la desdichada casa aquella noche. El resto es penumbra.

Culminada con éxito la primera parte del plan, tan solo siete días después concluyó la operación con la muerte de Girón a manos de José, y con Alida, la compañera, de testigo. Una tal rapidez parece demostrar, como decía, que la proximidad necesaria para matarlo no fue consecuencia de los asesinatos, sino que ya existía de algún tiempo atrás. Desde cuándo en concreto, no lo sabemos, pero existe una circunstancia que pudiera arrojar una luz, siquiera indirecta, sobre este ángulo oscuro.

El sargento Ferreras formó parte de una contrapartida al mando de un brigada. Ferreras escribió sus memorias en los años 60 y fueron publicadas en 2002, en León, con ese título: *Memorias del sargento Ferreras*, precisamente al tiempo que lo era *Guerrillero contra Franco*, de *Quico*, para servirle de contrapunto o viceversa. Dice Ferreras que, tras el combate de Corporales, pidió el relevo y “en los últimos días de marzo” se lo concedieron (pág. 147). El motivo que

alegó fueron las súplicas de su esposa, a quien apenas veía, y, curiosamente, el miedo que le entró, cuando un amigo de Encinedo, con informaciones procedentes de los huidos, le sopló que iban a por él (y ese amigo tiene nombre: Benjamín Colino). Y así sería, pero a nosotros nos asaltan otras dudas y sospechas sobre el relevo de un hombre tan obstinado y convencido de la causa, precisamente cuando la pieza parecía estar al alcance de la mano. En una palabra, tuvo que ser Arricivita quien decidió el traslado, incluso al margen de la voluntad de Ferreras. Era el momento de dejar todo el campo para José y el impulsivo sargento más bien podría constituir un estorbo en el arriesgado plan. Lo cierto es que Ferreras no fue sustituido y de Castro y Zacarías, subordinados suyos en la contrapartida, tampoco volvió a saberse; (años después, Zacarías volvió en alguna ocasión, convertido ahora en viajante-vendedor de pimentón de la Vera, su tierra extremeña).



Así pues, la marcha de Ferreras en marzo, como pieza de un plan y no solo fruto de su cansancio o de su miedo, nos daría ese periodo de un mes, por lo menos, de una cierta tranquilidad en la aproximación de José a Girón; (y esta es la razón que explica la ausencia de suceso tan notorio y sustancial en sus memorias: no estuvo en la trama y además lo pilló lejos de aquí. Nada que ver, por tanto, con el supuesto silencio estratégico, que arguye Macías, para que no salpicara la “limpieza” de José frente a la operación).

El hombre que lo mató cobró la recompensa y se dispuso a pasar el resto de sus días muy lejos de aquí. Contaba 31 años cuando su rastro se perdió en Sevilla entre mediados de 1951 y 1952. Durante 50 años, esa zona de su vida pudo haberse empleado como argumento para una novela de misterio. Recordemos que en Cabrera siempre se dijo que había muerto algún

tiempo después. Alguien afirmó incluso, y así se repetía, haberlo visto una vez al salir de un bar y llevaba una cruz marcada en su espalda sobre la chaqueta. La novela lo hacía víctima de un atropello, según el guión, intencionado y mediando una marca previa. Así también lo cree *Quico*, que menciona incluso los detalles: muerte “a los tres o cuatro meses” y a manos de la policía, pero atropellado por un camión, “por casualidad”, matiza irónicamente. Y concluye que de todo eso se enteraron por la familia (*La agonía...*, pág. 224). José Valle afirma con idéntica ironía el mismo fin en su entrevista con Reigosa, pág. 192. En cuanto a *Quico*, sorprende su creencia sin más averiguaciones en la familia del traidor que había matado a su amigo y compañero.

Nadie, pues, se enteró de que esa muerte no fue verdad. ¿Ni siquiera su familia, su padre, por ejemplo, que fallecería el año 55, cuatro después de la muerte fantasmal? No parece posible pensarlo, si bien desempeñaron el papel de la ignorancia, igualmente novelesco o, mejor incluso, teatral, a la perfección.

No parece causa suficiente el simple azar, y más bien, por el contrario, se debe suponer una inteligente maniobra suya, pero auxiliado por otras personas, entre las cuales habrá que contar al policía que fue su confidente, mediante la cual hacer creíble su presunta muerte. Logró, pues, una trama insuperable, porque lo más curioso es que la misma indefinición de las circunstancias contribuía a la certeza sobre el resultado. La noticia de su “muerte”, precedida por ese detalle novelesco de la cruz en la espalda, era asumible por las partes: policía, guardia civil, guerrilla y familiares de los muertos. Puesto que todos ellos podían ser (ya que todos tenían o podían tener motivos para matarlo, unos para deshacerse de un testigo y los otros para vengarse), todos cayeron en la trampa y lo pensaron del contrario: los guerrilleros, de la policía; la policía, de los familiares y estos, de cualquiera de las otras dos partes.

Pero he aquí que en 2005 Santiago Macías publica su libro *El monte o la muerte* y en él aporta la partida de defunción de José. En contra de la leyenda, su muerte quedaba descrita y definida en ella: ocurrió en 1966 a consecuencia de un accidente de tráfico. Habían tenido que pasar 39 años de la verdadera y algo más de 50 de la otra presunta para saber la verdad. En ese libro aparece el dato, igualmente desconocido en Cabrera, de su matrimonio con una mujer de un pueblo de Valladolid (el mismo del guardia Castro, miembro, junto con Zacarías, de la contrapartida al mando de Ferreras, que se la había presentado). Se estableció en efecto en Sevilla y tuvo hijos. En un viaje en coche, no sé si de ida o vuelta a Sevilla, se mató al paso por Mérida.

Ocorre, sin embargo, que este claro repentino en su cielo no duró ni en el mismo libro de Macías. Afirma en efecto que nuestro hombre nunca regresó a su pueblo. Es cierto, pero a continuación añade que sus hijos sí visitaron alguna vez Santa Eulalia, en el anonimato y, citemos literalmente, “acompañados por miembros de la Guardia Civil de paisano en un coche oficial proporcionado por el cuerpo para la ocasión” (*El monte...* pág. 279). Dice que así se lo comunicó uno de aquellos guardias, “al que encomendaron en alguna ocasión aquel servicio” (vale pensar, por tanto, que más de una vez).

temas de hoy. historia viva

Santiago Macías El monte o la muerte

La vida legendaria del guerrillero
antifranquista Manuel Girón



La información tiene todo el aspecto de ser una trola del estilo de la que cuenta Ramiro Pinilla, acerca de las brazadas de hierba (dicho en cabreirés, *mañizos*) que un funcionario juró haber visto poner ante el morro de los primeros coches que llegaron a La Baña. Esas visitas de unos niños (porque lo eran, si los viajes se hicieron antes del 66, cuando José murió, habiéndose casado en 1951) y además de incógnito, no pueden concebirse, pero si les añadimos un coche oficial y más de un viaje, con guardias en la conducción y la escolta, de repente desaparece el anonimato, o lo vuelven más llamativo, para entrar directamente en los dominios del puro delirio: ¿unos niños en coche oficial! ¿Cuántos eran, por cierto? ¿Solo dos? ¿Los dos varones? ¿Y cuántas veces? Y ello antes de 1966 en Santa Eulalia, adonde llegó la primera explicación para la carretera en 1974. No parece posible aceptar un tal disparate en esta novela, que ahora, abandonado el misterio, parece internarse en los dominios difusos de la ciencia-ficción.

Sin embargo, todavía faltaba una última vuelta de tuerca en la consecución del pasmo perfecto. *El monte o la muerte* se publicó en 2005. Tres años después, el mismo autor publicaba una pequeña biografía de Girón con este escueto título: *Manuel Girón*, en el que reunió todo lo referente a él en el más voluminoso libro anterior, más esta inesperada aportación de última hora: “Con anterioridad (a diciembre del 66), Rodríguez Cañueto había viajado en numerosas ocasiones a su tierra natal, acompañado incluso por miembros de la Guardia Civil vestidos de paisano y en un coche oficial proporcionado por el Cuerpo para la ocasión” (pág. 60). La diferencia entre no viajar nunca y hacerlo en numerosas ocasiones impone su volumen contradictorio a la atención más volátil. Pero habrá que resignarse: así son, o parecen ser, todas las cosas relacionadas con el hombre que mató a Manuel Girón.

Todo esto afianza la convicción de un éxito tan absoluto y rotundo, que, cuando 15 años después, se produjo la muerte verdadera, en buena lógica nadie pudo enterarse de que era verdad. ¿Ni siquiera su familia, sus hermanos, por ejemplo? Tampoco ahora es posible pensarlo. Y resulta verdaderamente extraño que su muerte fuera desconocida en Cabrera, donde presuntamente siempre se supo todo de Girón, José y compañía, pero ello, como decía, nos da una idea de la perfección de la trama y también de la discreción, seguramente atizada por el miedo, de los que sabían.

José se había puesto definitivamente a salvo de su pasado. Desapareció y ni siquiera su muerte verdadera, ocurrida 15 años después de la interesada y bien tramada, logró, aunque fuera póstumamente, hacerlo revivir esos 15 años. Pero todavía le quedaban más años (39 hasta 2005, con la publicación del libro de Macías, como he dicho), para aparecer, aunque ya no fueran años de vida, sino los de una muerte cierta, aunque aún latente. Y uno piensa que, cuando esta se produjo, por alguna grieta debiera haberse colado la noticia hacia el dominio general. Claro que ni grieta haría falta, si es que volvió después al pueblo en numerosas ocasiones y en coche oficial, según la última noticia de Macías, contradiciendo la primera. Y nada, el olvido del hombre fue tan grande como el tamaño de su crimen.

Y estos son los datos y extraños avatares de un tiempo y una vida, sus rincones sombríos de inaudita crueldad, zonas para una novela de misterio y suspense y otras para la tragedia, así como episodios de ciencia ficción, con ramalazos de melodrama. Realmente, no puede pedirse más a la aventura del hombre que un amanecer de primavera mató a Manuel Girón de un tiro por la espalda en la cabeza.